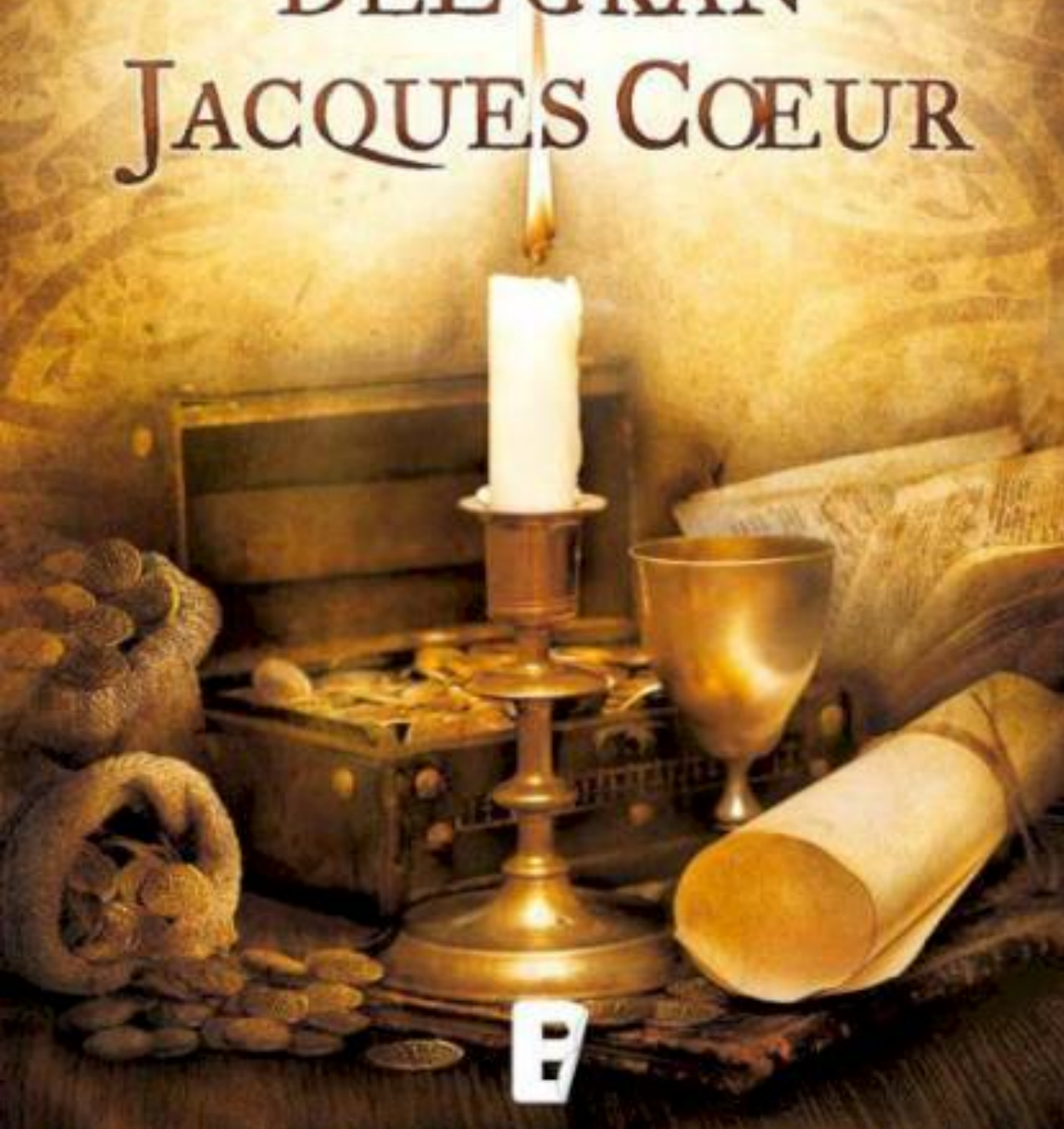


JEAN-CHRISTOPHE RUFIN

LA FORTUNA
DEL GRAN
JACQUES COEUR



B

LA FORTUNA
DEL GRAN
JACQUES CŒUR

Jean-Christophe Rufin

Traducción de Rosa Alapont

Título original: *Le Grand Cœur*

Traducción: Rosa Alapont

1.ª edición: septiembre 2013

© Editions Gallimard, 2012

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito legal: B. 21.252-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-563-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
I. En la tierra del rey loco
II. La caravana de Damasco
III. El tesorero
IV. Agnès
V. Hacia el renacimiento
Apéndice

Éramos dos y un solo corazón.

FRANÇOIS VILLON

I

EN LA TIERRA DEL REY LOCO

Sé que ha venido a matarme. Es un hombre achaparrado que no presenta los rasgos fenicios de la gente de Quíos. Procura pasar desapercibido, pero he reparado en él varias veces en las callejuelas de la ciudad alta y en el puerto.

La naturaleza es hermosa en esta isla y me resulta imposible creer que semejante decorado pueda ser el de mi muerte. He pasado tanto miedo en mi vida, tantas veces he temido el veneno, el accidente, el puñal, que he acabado por hacerme una idea bastante precisa de cuál será mi fin. Siempre lo he imaginado en la penumbra, en el crepúsculo de un día de lluvia, oscuro y húmedo, un día similar a aquel en que nací y a todos los de mi infancia. ¿Cómo concebir que esas enormes chumberas henchidas de jugo, esas flores violeta que penden en racimos a lo largo de las tapias, ese aire quieto, tan trémulo de calor como la mano de un enamorado, esos caminos que huelen a hierbas aromáticas, esas techumbres de tejas, redondas como caderas de mujer, cómo concebir que todos esos esplendores apacibles y sencillos puedan servir de instrumento a la noche absoluta y eterna, a la gelidez violenta de mi muerte?

Tengo cincuenta y seis años. Mi cuerpo goza de perfecta salud. Las torturas que sufrí durante mi proceso no me han dejado secuela alguna. Ni siquiera han conseguido que sienta aversión a los seres humanos. Por primera vez desde hace mucho tiempo, quizá desde siempre, ya no tengo miedo. La gloria, la más extrema riqueza, la amistad de los poderosos han agotado cuanto en mí pudiera haber de ambición, de ávida impaciencia, de deseos vanos. Si me sobreviniera hoy, la muerte sería más injusta que nunca.

Elvira, a mi lado, no sabe nada. Nació en esta isla griega y jamás la ha abandonado. Ignora quién soy y eso es lo que me gusta de ella. La conocí después de que zarparan los barcos de la Cruzada. No vio cómo los capitanes de navío, los caballeros pertrechados para la lucha y el legado del papa me testimoniaban su respeto forzado y sus homenajes hipócritas. Creyeron en mis supuestos dolores y flujo de vientre, y aceptaron abandonarme en esta isla para que me curase o, más probablemente, muriese en ella. Les supliqué que me acomodaran en una posada cerca del puerto y no en la ciudadela del viejo *podestà*. Alegué que me moriría de vergüenza si, a su regreso del viaje, aquel noble genovés se enteraba de que había desertado del combate... En realidad, sobre todo temía que descubriera que gozaba de perfecta salud. No quería contraer con él una deuda de gratitud y que, llegado el momento, me impidiera abandonar la isla para disfrutar de mi libertad.

Hubo, pues, esa escena ridícula, yo acostado, con los brazos extendidos sobre las sábanas, sudando no de fiebre, sino por el tufo del puerto que se colaba en la habitación. Al pie de mi cama, en un tropel que se extendía por la escalera de madera hasta el vestíbulo de la planta baja, se apiñaban un grupo de caballeros con cota de malla, preladados vestidos con su más hermosa casulla, sacada de los cofres de sus navíos y completamente arrugada todavía por haber estado allí embutida, capitanes, con el yelmo bajo el brazo, enjugándose las lágrimas con sus gruesos dedos. Todos, a través de su incómodo silencio, aspiraban a hacerse perdonar la cobardía que creían cometer al abandonarme a mi suerte. Mi propio silencio pretendía ser el de la absolución, el del destino aceptado sin rechistar. Una vez que el último visitante hubo partido, cuando estuve seguro de no oír ya, abajo en la callejuela, el tintineo de las armas, el ruido de suelas y herraduras en los adoquines, dejé que explotara la risa que tan a duras penas había contenido. Reí durante largo rato.

Al oírme, en un principio el posadero griego creyó que la agonía había adoptado en mí la odiosa máscara de la comedia. Cuando aparté las sábanas y me levanté, acabó por comprender que sencillamente me sentía dichoso. Subió vino blanco del Jura y brindamos. Al día siguiente le pagué con largueza. Me entregó ropas de campesino y fui a pasear por la ciudad a fin de preparar mi huida de la isla. Fue en ese preciso momento cuando descubrí al hombre que quiere asesinarme. No me esperaba ese encuentro. Provocó en mí más desasosiego que temor. Tengo larga experiencia, ay, de ese tipo de amenazas, si bien más o menos habían desaparecido en los últimos meses y me creía liberado. El acoso de que era objeto contrariaba de nuevo mis planes. Mi partida de aquella isla se volvía más complicada, más peligrosa.

Ante todo debía evitar hospedarme en la ciudad, donde fácilmente podían desenmascaramme. Pedí al posadero que me alquilase una casa escondida en el campo. Encontró una justo al día siguiente y me indicó el camino. Partí al amanecer, hace ahora una semana. No descubrí la casa hasta el último momento, pues está protegida de los vientos terrestres por setos de espino que la ocultan a las miradas. Llegué en las cálidas horas matutinas, empapado y cubierto del fino polvo del camino gredoso. Una mujer alta y morena me aguardaba, se llama Elvira. Sin duda, el mesonero había juzgado considerable la suma que le entregué y creyó que se trataba de un error. A fin de evitar que volviera para enmendarlo, había ampliado el servicio prestado añadiendo una mujer al alquiler de la vivienda.

Elvira, con la que solo podía comunicarme mediante miradas, me recibió con una sencillez de trato que no me prodigaban desde hacía mucho tiempo. Para ella yo no era ni el tesorero del rey de Francia, ni el fugitivo que protegía al papa, sino simplemente Jacques. Conoció mi nombre de pila cuando tomé su mano para posarla sobre mi corazón. El único efecto que le produjo esa confesión fue que agarró

a su vez mi mano y, por primera vez, sentí contra mi palma su seno redondo y firme.

En silencio, me hizo quitarme la ropa y me lavó con un agua perfumada de espliego que había calentado a pleno sol en una tinaja. Mientras me frotaba suavemente con cenizas finas, yo miraba a lo lejos la escarpa gris verdosa de la costa, cubierta de olivos. Los navíos de la Cruzada habían esperado el meltemi para abandonar el puerto. Se alejaban lentamente, con las velas apenas hinchadas por el viento tibio. ¿Cómo podían seguir llamando Cruzada a ese postrero paseo náutico, a tanta distancia de los turcos? Tres siglos atrás, cuando caballeros, predicadores y miserables corrían a Tierra Santa en busca del martirio o la gloria, el término tenía un sentido. Hoy, cuando los otomanos se alzaban con la victoria por doquier, cuando nadie tenía ni la intención ni los medios para combatirlos y la expedición se limitaba a animar y armar con buenas palabras las escasas islas que aún estaban decididas a resistirlos, ¡qué impostura aplicar a ese viaje el nombre rimbombante de Cruzada! Se trataba tan solo del capricho de un viejo papa. Lamentablemente, ese viejo papa me había salvado la vida, y también yo había tomado parte en la mascarada.

Elvira cogió entonces una esponja de mar empapada en agua tibia. Me enjuagó metódicamente, sin descuidar el menor espacio de piel, y me estremecí al contacto de lo que poseía la áspera suavidad de una lengua de felino. Los barcos tenían aspecto sombrío sobre el escudo azul del mar. Se balanceaban sin apenas avanzar, sus mástiles inclinados como los bastones de un grupo de inválidos. Todo en derredor, los grillos emitían una nota intensa que quebraba el silencio y lo colmaba de expectativas. Cuando atraje a Elvira hacia mí, se resistió y me llevó a la casa. Para los habitantes de Quíos, como para todos los pueblos de Oriente, el placer se ubica en la sombra, en la frescura, de puertas adentro. El sol radiante, el calor y el espacio abierto son para ellos de una violencia insoportable. Permaneci-

mos acostados hasta la noche y ese primer atardecer cenamos en la terraza aceitunas negras y pan, a la luz de un candelil.

Al día siguiente, camuflado bajo mi disfraz, con el rostro oculto en la sombra de un gran sombrero de paja, acompañé a Elvira a la ciudad. En el mercado, detrás de un puesto de higos, divisé de nuevo al hombre que ha venido a matarme.

En otro tiempo, tal descubrimiento me habría incitado a actuar: habría intentado huir o luchar. Esta vez, sin que hubiera decidido nada, me quedé paralizado. Es curioso cómo, en lugar de precipitarme hacia el futuro, el peligro me devuelve ahora a mi pasado. No veo mi vida de mañana, solo la de hoy y sobre todo la de ayer. El momento presente, con su dulzura, atrae hacia sí los fantasmas de la memoria y, por primera vez, siento intensamente la necesidad de fijar dichas imágenes sobre el papel.

Me parece que el hombre que me pisa los talones no está solo. Por lo general, esos asesinos actúan en grupo. Estoy seguro de que Elvira podría averiguar muchas cosas sobre ellos. Se anticipa al menor de mis deseos. Si uno de ellos consistiera en vivir, se consagraría a satisfacerlo. Pero no le he dicho nada, no le he dejado percibir nada. No se trata de que quiera morir. Pienso confusamente que mi muerte, cuando sobrevenga, se inscribirá en un destino y que ante todo se impone descifrarlo. Por eso todos mis pensamientos me retrotraen hacia atrás. El tiempo pasado ha anudado en mi espíritu un prieto ovillo de recuerdos. Necesito devanarlo lentamente para tender por fin el hilo de mi vida y comprender quién habrá de cortarlo algún día. Es así como he empezado a escribir estas Memorias.

Elvira ha dispuesto una tabla de madera bajo el emparado, en el lado de la terraza donde hay sombra desde última hora de la mañana. Desde ese momento hasta media tarde escribo allí. Mi mano no está acostumbrada a sujetar la pluma. Otros lo hacían por mí desde hace largo tiempo y

más para alinear cifras que para enlazar palabras. Cuando me disciplino con el fin de formar frases, cuando me fuerzo a estructurar lo que la vida ha arrojado sobre mí sin orden ni concierto, siento en los dedos y en la mente un dolor muy similar al goce. Se me antoja que participo de un modo inédito en el laborioso parto mediante el cual lo que vino al mundo regresa a él, en forma de escritura, tras la larga gestación del olvido.

Bajo el fuego del sol de Quíos, cuanto he vivido se vuelve nítido, coloreado y hermoso, incluso los momentos dolorosos y sombríos.

Me siento dichoso.

Mi recuerdo más antiguo data de mis siete años. Hasta entonces todo aparece mezclado, oscuro, uniformemente gris.

Nací en el momento en que el rey de Francia perdía la razón. Me contaron muy pronto esa coincidencia. Jamás he creído que pudiera haber la menor relación, siquiera sobrenatural, entre la locura brutal de Carlos VI, sobrevenida mientras atravesaba a caballo el bosque de Orleans, y mi nacimiento no lejos de allí, en Bourges. Pero siempre he pensado que la luz del mundo se apagó junto con la razón del monarca, como durante el eclipse de un astro. De ahí procedía el horror que nos rodeaba.

En casa o fuera de ella solo se hablaba de la guerra contra los ingleses, que duraba desde hacía más de un siglo. Cada semana, cuando no cada día, nos llegaba el relato de una nueva matanza, de alguna infamia sufrida por inocentes. Al menos, nosotros estábamos en la ciudad y protegidos. El campo, al que yo no iba, parecía soportar todas las violencias. Nuestros sirvientes, que tenían familia en los pueblos de alrededor, volvían de ellos con historias monstruosas. A mi hermano, a mi hermana y a mí nos mantenían apartados de aquellas descripciones de mujeres vio-

ladas, hombres torturados, granjas quemadas y, por supuesto, nuestro mayor deseo era escucharlas.

Todo esto acontecía con un tiempo gris y lluvioso. Nuestra buena ciudad parecía bañada en una sempiterna llovizna. Reinaba mayor negrura en invierno, pero hasta el final de la primavera y desde comienzos del otoño, pasaba por todas las tonalidades del gris. Solo el verano veía establecerse el sol de forma duradera. Entonces, el calor infligía a la villa una violencia para la que no estaba preparada y las calles se llenaban de polvo. Las madres temían las epidemias: nos confinaban en las casas, donde los postigos cerrados volvían a sumirnos en la penumbra y la grisura, de manera que jamás perdíamos esa costumbre.

Yo había llegado a la vaga convicción de que el mundo iba así porque vivíamos en la tierra maldita de un rey loco. Hasta la edad de siete años no se me ocurrió que aquella desdicha podía ser circunscrita: no me era posible imaginar otro lugar, peor o mejor pero diferente. Por supuesto, estaban los peregrinos de Santiago, que partían hacia tierras lejanas y casi fabulosas. Los veía subir por nuestra calle. Con las alforjas a un costado, llevaban las sandalias en la mano y se refrescaban los pies durante horas en el Auron, que corre al pie de nuestro arrabal. Decían que se dirigían al mar. «¿El mar?» Mi padre me había hecho la descripción de esa inmensa extensión de agua, tan grande como las campiñas. Pero sus explicaciones resultaban confusas: no me costó comprender que se limitaba a repetir palabras transmitidas por otros. Él nunca lo había visto.

Todo cambió el año en que cumplí los siete, la noche en que descubrí los ojos rojos y el pelaje leonado de la bestia.

Mi padre era peletero. Había aprendido el oficio en un pequeño burgo. Cuando fue lo bastante hábil para tratar las sencillas pieles de zorro o de liebre, se trasladó a la ciudad. Dos veces al año, en las grandes ferias, los mayoristas vendían pieles más raras, de marta cebellina o de petigrís. Lamentablemente, con gran frecuencia los peligros de la

guerra hacían imposible el viaje. Mi padre debía recurrir a pequeños intermediarios para que le trajeran las pieles compradas a los mayoristas. Algunos de esos vendedores eran los mismos cazadores que habían acorralado a los animales en lo más recóndito de los bosques. Se habían puesto en camino utilizando las pieles como moneda: durante el trayecto las cambiaban por alimento u hospedaje. Aquellos hombres de los bosques por lo general vestían con pieles. Sin embargo, las llevaban con el pelaje a la vista, mientras que la obra de los peleteros como mi padre consistía en montar las pieles del revés, con el pelaje hacia dentro, con el fin de dar calor, asomando apenas por las bocamangas o el cuello. Durante mucho tiempo establecí la diferencia entre el mundo civilizado y la barbarie, basándome en ese único criterio. Pertenecía a la sociedad de los hombres evolucionados y todas las mañanas me ponía un jubón forrado de un invisible pelaje. Mientras que los hombres salvajes, a imagen de los animales, parecían todavía cubiertos de pelos, tanto daba que no fueran los suyos.

En el taller que daba al patinillo, en la parte de atrás de la casa, se apilaban, en fardos de uno o dos sellos, pieles de diversas especies de ardilla y de marta. Sus tonos gris, negro y blanco armonizaban con nuestras iglesias de piedra y nuestros tejados de pizarra, que la lluvia volvía de un violeta tirando a negro. Los reflejos rojizos de algunas pieles recordaban el follaje otoñal. Así, desde nuestra región hasta los bosques profundos de países remotos, la misma monotonía de color respondía a la melancolía de los días. Decían de mí que era un niño triste. A decir verdad, más bien experimentaba la decepción de haber llegado demasiado tarde a un mundo que la luz había abandonado. Alimentaba la vaga esperanza de que un día pudiera volver a encenderse, pues no percibía en mí disposición alguna a la melancolía. Solo se precisaba una señal para que mi verdadera naturaleza se revelara...

La señal esperada llegó un anochecer de noviembre. Habían tocado vísperas en la catedral. En nuestra casa nueva, toda de madera, compartía con mi hermano una habitación del segundo piso, bajo el alero del tejado. Jugaba a lanzar una pelota al perro de mi madre. Nada me divertía tanto como verlo hundirse en la empinada escalera, con el rabo tieso, cuando le tiraba la pelota. Volvía a subir sujetándola orgullosamente en la boca y gruñía mientras yo se la cogía de nuevo. La velada resultaba monótona. Oía crepitar la lluvia sobre el tejado. Mi mente vagaba. Lanzaba la pelota de estopa al perro, pero su tejemaneje ya no me divertía. De pronto, una inesperada calma reinó en la habitación: el perro había bajado la escalera pero no había vuelto a subir. No me di cuenta en seguida. Cuando lo oí gañir en el piso de abajo, fui consciente de que había ocurrido algo fuera de lo normal. Me reuní con el perro. Estaba plantado en lo alto del tramo de escalera que subía de la planta baja. Con el hocico enhiesto, parecía haber olfateado algo abajo. Husmeé, pero mi olfato de humano no detectaba nada inusual. El olor del pan cocido que la sirvienta preparaba junto con mi madre una vez a la semana cubría el acre olor de las pieles, al que todos estábamos acostumbrados. Encerré al perro en un cuartito donde mi madre guardaba sábanas y almohadas y bajé despacio para ver qué podía estar ocurriendo. Procuré evitar que chirriaran los peldaños, pues mis padres nos tenían prohibido permanecer sin motivo en las habitaciones de abajo.

Tras una ojeada por la rendija de la puerta entreabierta comprobé que no sucedía nada fuera de lo común en la cocina. El patio se hallaba desierto. Me acerqué al taller de mi padre. El obrador de la tienda, que daba a la calle, estaba cerrado, como todas las noches, mediante paneles de madera maciza. Lo cual significaba que los oficiales se habían marchado después de los últimos clientes. No obstante, mi padre no estaba solo. Agazapado contra la puerta que daba al patio, de espaldas, divisé a un hombre desconocido.